

## Andalucía y el “choque de civilizaciones”

---

JAVI TRASANCOS :: 18/11/2015

Ni Francia ni el resto de los Estados de la UE, como tampoco Estados Unidos o Israel, pueden ya eludir sus responsabilidades

La cadena de atentados que tuvieron lugar en París el pasado viernes 13 de noviembre se ha saldado con 129 muertos y con cientos de heridos, muchos de ellos aún en estado grave. Restaurantes como Le Carrillon o Petit Cambodge, el partido de fútbol amistoso entre las selecciones de Francia y Alemania, pero especialmente la sala Bataclan, fueron los escenarios de unos brutales ataques indiscriminados que han sido reivindicados por el llamado Estado Islámico que, definitivamente, ha sustituido ya a Al Qaeda en el imaginario occidental como el enemigo número uno. La psicosis y el miedo a ser atacados en cualquier momento y en cualquier lugar se ha instalado en buena parte de la población europea; el Presidente de la República francesa, François Hollande, ya ha anunciado un “cambio drástico” de la Constitución que implicaría un mayor control policial y recortes de derechos y libertades.

Pero la cuestión es que ni Francia ni el resto de los Estados de la UE, como tampoco Estados Unidos o Israel, pueden ya eludir sus responsabilidades; por mucho que los grandes medios de comunicación traten de ocultar todas esas piezas que no encajan como siempre hacen cuando ocurren atentados como los de París, el rompecabezas del extremismo islámico tiene piezas que encajan sorprendentemente con los intereses de los imperialistas occidentales.

Quizá las teorías del autogolpe o de los ataques de “bandera falsa” puedan ser algo atrevidas y a veces algo inconsistentes, aunque tampoco descartables del todo, pero lo que sí es ya un hecho es que las potencias occidentales, junto a Turquía y los Estados del Golfo, han venido armando, entrenando militarmente y financiando a toda una pléyade de grupos extremistas islámicos con el fin de acabar con la República Árabe Siria, con su Presidente, Bashar A Assad, con el Partido BAAZ y con el resto de partidos antiimperialistas entre los que se encuentra el Partido Comunista. De entre esos grupos extremistas surgió el llamado Estado Islámico.

Aunque el engendro del llamado Estado Islámico se haya podido escapar de las manos, no deja de parecerme curioso como todas y cada una de las acciones del extremismo islámico vienen a ajustarse como un anillo al dedo de los intereses imperialistas. Desde el punto de vista interno, estos ataques justifican recortes de derechos y libertades que en la práctica siempre tienen como verdadero objetivo los movimientos populares reivindicativos; mientras, desde el punto de vista externo, estos ataques justifican la intervención militar de los imperialistas, intervenciones que lo único que pretenden es el control de determinados recursos y eliminar gobiernos incómodos, como en este caso el sirio. Al final, para restablecer la “democracia” y los “derechos humanos” acaban destrozando países, escuelas, fábricas, hospitales, infraestructuras, y como no, vidas humanas.

Por mucho que los medios de comunicación intenten no asociar islam y terrorismo, el caso

es que lo hacen y no pueden dejar de hacerlo. Se criminaliza a una religión y a sus practicantes, y se intenta contraponer el presunto fanatismo islámico oriental con la no menos presunta libertad y tolerancia de occidente e incluso de los llamados “valores cristianos” que, según no pocos desde el Presidente húngaro Victor Orban a José María Aznar, son el fundamento de Europa. La islamofobia se ha instalado y encuentra cada vez más eco, el islam es el nuevo enemigo, la nueva amenaza global. Es el “choque de civilizaciones” del que hablaba el politólogo norteamericano Samuel P. Huntington.

Y en esto, de nuevo, los extremistas islámicos hablan de Al Andalus, de “recuperar” Al Andalus. Al llamado Estado Islámico poco o nada le importa que el Al Andalus que quieren recuperar nada tiene que ver con el Al Andalus que realmente existió, ese Al Andalus que fue una herejía para los ojos de aquellos almorávides y almohades que venían del Norte de África. El mito de Al Andalus alimenta a dos extremos que no solo se tocan, sino que muchas veces son lo mismo. Los discursos de los extremistas islámicos y de los imperialistas occidentales, especialmente el de los más reaccionarios, coinciden en recrear el mito de conquistas y reconquistas y en utilizar el pasado para narrar un presente y pretender un futuro.

Y aquí está Andalucía, el país heredero de aquel Al Andalus, un cruce de caminos; es Europa pero también es un poco Mahgreb y un poco Oriente; Andalucía es Mediterráneo en toda su diversidad y con todas sus contradicciones. Andalucía es frontera y eso la marca y la caracteriza.

Y Andalucía es, por todo ello, un apetitoso pedazo de tierra geoestratégico para los ojos del imperialismo occidental. Tenemos las bases norteamericanas de Rota y Morón, la británica de Gibraltar y todas las instalaciones militares del ejército español que no son precisamente pocas. La geoestrategia del imperialismo, junto con el subdesarrollo y la dependencia, condenan a nuestro país a la militarización y todo parece indicar la que “guerra global contra el terrorismo” incidirá en ello.

Existe una guerra no declarada, una nueva “guerra fría”, entre los Estados Unidos y sus aliados europeos contra el eje alternativo imperialista euroasiático, es decir, Rusia y China. Y Andalucía está geográficamente en medio. La lucha por la soberanía nacional andaluza, por la creación de una República Andaluza libre y soberana, de unas instituciones en manos del pueblo trabajador es la única garantía que tenemos de salir de esta situación que nos pone entre la espada y la pared.

No es un tópico, Andalucía, el pueblo andaluz, puede contribuir a la paz y al entendimiento entre culturas y pueblos, pero esa contribución a la Humanidad jamás podrá ser llevada a cabo por una Andalucía sometida y dependiente.

El capitalismo en su fase imperialista es la guerra, que decían los clásicos, ya está bien que los pueblos estemos continuamente pagando con nuestra sangre la acumulación por la acumulación del capitalismo.